

electoral señalara. En todo caso, denunciaremos el intento de instaurar o de restaurar la Monarquía a espaldas de la voluntad de los españoles, expresada de antemano en las urnas. Se engañan quienes lo pretendan. La instauración o la restauración de un sistema monárquico por la fuerza, quizá pueda sostenerse algún tiempo por la opresión, pero no podrá consolidarse si le falta, como ha de faltarle, la aquiescencia y el calor del pueblo y terminaría sumiendo a España en una situación caótica.

En este día, aniversario del 14 de Abril de 1931, quiero expresar mi fe en nuestro pueblo, confiando que en los momentos graves y decisivos que ya están a la vista, dará, como en aquella fecha histórica, pruebas evidentes de madurez y de serenidad, prenda segura de que merece la libertad recobrada y de que sabrá conservarla. Mi fe también en los destinos de la República restaurada, régimen en el que caben todos dentro del respeto a los principios democráticos, en su doble vertiente política y económica; régimen que no sólo no coarta sino que garantiza el disfrute de las libertades esenciales; régimen de orden y de autoridad, de la única que es respetable, que no es la que se impone por la violencia, sino la que refleja el sentir colectivo de los ciudadanos; régimen que reconoce el derecho de regirse con autonomía a los pueblos, que como el catalán y el vasco, han expresado ese deseo.

Espanoles :

Hoy, con más entusiasmo que nunca, ¡ ánimo y adelante !

¡ POR ESPAÑA ! ¡ POR LA LIBERTAD ! ¡ POR LA REPUBLICA !

14 de Abril de 1975



14 de Abril de 1975

*Mensaje del Presidente de la República española en el exilio,
D. José Maldonado, con ocasión del XLIV aniversario de la pro-
clamación de la segunda República.*

Espanoles :

Nadie a quien preocupen la situación actual y el porvenir de nuestro país puede desconocer que el Estado español surgido del movimiento militar de 1936 está en crisis, que España está en crisis, y que 1975 es, por múltiples razones sobre las que no es preciso insistir porque están grabadas en la mente de todos, un año que pudiera ser crucial en el porvenir de nuestro pueblo. Y a nadie, con sentido de responsabilidad, le puede ser indiferente que el período que se avecina sea el inicio de una era de justicia y de paz, o que, por el contrario, ese noble intento se malogre, dejando abierta la compuerta que pudiera incitar a nuevas y funestas aventuras.

Nosotros, quienes asumimos la tarea de regir los destinos de las Instituciones de la República en el destierro, nos hemos fijado un objetivo claro, restaurar la República y devolverle al pueblo, con el ejercicio democrático de su facultad soberana, la decisión de orientar libremente el futuro de España. Esa es y ha de seguir siendo, de manera irrenunciable, nuestra preocupación esencial. Ese es también, por otra parte, el más vivo anhelo de un sector considerable de la población española, de la inmensa mayoría de nuestros conciudadanos, que, adscritos a formaciones políticas o sindicales diferentes, coinciden en estimar que es la República el marco propicio en el que caben todas y en el que tienen, sin el menor obstáculo, las posibilidades máximas de ser oídas e incluso las de prevalecer, llegado el caso, a través del libre juego de los principios democráticos.

¿Qué es lo que esta corriente republicana a la que acabo de aludir, tiene frente a ella? Una dictadura que declina, último vestigio en la Europa occidental del período nazi-fascista; un régimen a cuyos dirigentes les preocupa la idea, de la que seguramente están persuadidos, de que han llegado a una situación que, a plazo más o menos corto, carece de salida. Por una parte, saben que el sistema en vigor es insostenible por su anacronismo, porque tienen conciencia de que la sociedad española de 1975 es cada día más incompatible con él. El divorcio entre la España real y la España oficial se ha consumado, sin que exista la menor posibilidad de que lleguen a avenirse. Por otra parte, las presiones políticas y económicas, tanto del interior como del exterior, les aconsejan con apremio la iniciación de lo que se ha dado en llamar la « apertura política », pero les inquieta el temor de que el más mínimo acercamiento al sentir popular termine desbordándoles.

Todo lo que antecede explica la indecisa, la zigzagueante política que ha seguido el franquismo desde hace años, en la que se ha reincidido en los últimos meses, lo que será preciso recordar. La situación creada en el país por la desaparición del almirante Carrero ha querido presentarse, tanto a la opinión nacional como a la internacional, como una franca etapa « aperturista », de prudente e irreversible liberalización. Ese fue el alcance que se le quiso dar al denominado « espíritu del 12 de Febrero », anuncio solemne de la promulgación de una Ley de asociaciones, la cual iba a permitirles, al fin, cierta libertad de expresión a determinadas corrientes del pluralismo político que, bien que soterradas, tenían existencia real dentro de España. Pero pronto se volvió a la tímida actitud que se había adoptado antes en ocasiones similares; una vez más, hubieron de ordenar el repliegue y cuando el proyecto inicial salió del simulacro de Cortes que padece-mos, carecía ya de esa aparente viabilidad democrática. Ahora, poco más de un año después de aquella pregonada iniciativa pseudoliberaladora, se encuentran, nuevamente en el punto de partida, sin que sean capaces de salir del atolladero, y así — y el hecho es grave — siguen sometiéndonos a los españoles, cercenando nuestras posibilidades de desarrollo en todos los órdenes e impidiendo que España ocupe en el plano internacional, dentro y fuera de Europa, el puesto que conviene a sus intereses y al que legítimamente puede y debe aspirar.

Y en ese clima de incertidumbre, acentuado por el creciente malestar social, que provocan, como natural secreción las estructuras políticas del sistema, que agrava la represión por su intensidad y dureza, las preocupaciones de quienes mandan (no cabría decir correctamente de quienes gobiernan) se centran en el deseo de pervivir a través de la Monarquía.

Pero ya aparecen indicios de algo nuevo, de que esa Monarquía no va a ser precisamente la que habían concebido hace unos años, la del respeto a los Principios del Movimiento Nacional, a los que el Príncipe Juan Carlos juró fidelidad solemnemente ante las Cortes franquistas, que son, más que remedo, parodia de un Parlamento auténtico. Aquella Monarquía, aún en el caso de que se aplicaran las modestas concesiones de ayer, les parece ahora caduca e inadecuada y sugieren otra, más abierta, que sostiene que concuerda mejor con las que estiman exigencias de esta hora. Y ya comienzan a esbozarse los principios que pudieran ser

rectores de ella. En efecto, desde hace unas semanas, asistimos casi cotidianamente a una copiosa floración de súbitas « conversiones ». Los mismos que, desde los puestos de mando, proclamaban con acentos triunfalistas las excelencias del modelo político español, diciendo de él que era algo así como una creación genial, como un producto destinado a la exportación, que había de ser adoptado en otros países, han abandonado esa quimera. Quienes durante años y años fueron decididos defensores de aquellos « inmutables Principios », fervorosos apologistas de lo que llamaban « democracia orgánica » y por ello consecuentes detractores de la que motejaban de « inorgánica », es decir, de la representativa, (con cuyos textos podría formarse, por cierto una nutrida y hoy sabrosa antología) tratan de presentarse ahora con el ardor que caracteriza a los conversos recientes, como calificados voceros del sufragio universal, de la libertad sindical y de la justicia social. En suma, que siguen incidiendo en el error de querer resolver un problema insoluble, algo así como la cuadratura del círculo, puesto que a ello equivale el propósito de establecer una Monarquía de estructuras democráticas en un país como el nuestro, en cuya opinión pública el monarquismo militante representa un sector muy reducido. También se equivocan si piensan que es hacedero el retorno a la simulación democrática con la que pudo sostenerse aquella forma de gobierno desde el comienzo de la Restauración hasta el advenimiento de la segunda República. Esa anómala situación desapareció en 1931 y si los españoles del primer tercio de siglo no la aceptaron, mucho menos habrán de poder aceptarla, por razones que parecen obvias, los de este tercio final, llamado a insoslayables y profundas transformaciones.

Que no es gratuita esta afirmación que hemos hecho parece evidente. En forma paralela a ese designio continuista está tomando cuerpo a ojos vistas una corriente antitética, que irreversiblemente está llamada a desarrollarse más cada día. La idea de que el sistema político de mañana no puede ser la prolongación del franquismo se está abriendo paso en la conciencia de todos los sectores politizados del país, los que, en España como en todas partes, constituyen el elemento motor de la opinión. Y así vemos cómo, a pesar de toda clase de trabas, las fuerzas políticas de la oposición actúan con mayor desenfado, con creciente decisión y cómo sus actividades repercuten en los órganos de prensa más sagaces, a los que la opinión premia incrementando su difusión. Cuanto antecede, que es inequívocamente confortador, no es sino un comienzo; pero la manifiesta descomposición del régimen, que ya está perdiendo la iniciativa, ha abierto un proceso renovador, que debidamente encauzado, culminará, por la voluntad mayoritaria del pueblo y en plazo no largo, en el restablecimiento de la República.

Por lo que a nosotros se refiere, lo hemos dicho en otras ocasiones y nos interesa reiterarlo, el procedimiento correcto para encauzar debidamente la vida política del país, consiste en cerrar el paréntesis abierto por la dictadura, enlazando así la legalidad de ayer con la de mañana. Al amparo de aquella debería formarse un gobierno ampliamente representativo de los diferentes sectores de la opinión que convocara unas elecciones de las que surgiría el nuevo organismo institucional. De esa forma se evitarían las tensiones de una etapa constituyente, lo que no habría de impedir la transformación del Estado siguiendo el rumbo que el cuerpo